

Vicent Andrés Estellés

PRIMERA SOLEDAD

ESTUDI INTRODUCTORI

I EDICIÓ:

FERRAN CARBÓ



institució
alfons el magnànim
centre valencià
d'estudis i d'investigació

VALÈNCIA, 2019

COLECCIÓN «POESÍA»

Dirigida por Vicent Berenguer

Primera edición: diciembre 1988
Segunda edición, revisada: mayo 2019

- © 2019, del dibujo: Jotacé Perea
- © 2019, de la introducción: Ferran Carbó Aguilar
- © 2019, Herederos de Vicent Andrés Estellés
- © 2019, de la presente edición:
Institució Alfons el Magnànim
Centre Valencià d'Estudis i d'Investigació
Corona, 36 — 46003 València
Tel.: +34 963 883 169
iam@alfonselmagnanim.com
www.alfonselmagnanim.net

MADE AND PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-7822-808-9
DEPÓSITO LEGAL: V. 1402-2019

Composició: GRÀFIQUES SOLER, S.L. — València

Impresión:  IMPREMTA
DIPUTACIÓ DE VALÈNCIA

LA LLUVIA

Llueve esta tarde, llueve, llueve en las alamedas.
Llueve esta tarde, llueve, llueve en los cementerios.
Llueve esta tarde, llueve, llueve en las gabardinas.
Llueve esta tarde, llueve, llueve por las paredes.
Llueve esta tarde, llueve, llueve en las estaciones.
Llueve esta tarde, llueve, llueve en los violines.
Llueve esta tarde, llueve, llueve en los escritorios.
Llueve esta tarde, llueve, llueve por los tejados.
Llueve esta tarde, llueve, llueve por las praderas.
Llueve esta tarde, llueve, llueve en los urinarios.
Llueve esta tarde, llueve, llueve en las azoteas.
Llueve esta tarde, llueve, llueve en los acordeones.

En el ramo de flores colocado en el nicho.
En los cuatro ladrillos que lo tapan ahora.

Llueve en las ventanillas, llueve en los diccionarios.
Llueve en las remolachas, llueve en los pasaportes.
Llueve en las alacenas, llueve en las embajadas.
Llueve en los calcetines, llueve en los latinistas.

Llueve en los cobertores, llueve en los calendarios.
Llueve en las carreteras, llueve en los ascensores.
Llueve en el Padrenuestro, llueve en las conejeras.
Llueve en los panteones, llueve en la Letanía.
Llueve en los capiteles, llueve en los camiones.
Llueve en las bibliotecas, llueve en las galerías.
Llueve en los estandartes, llueve en los No te olvidan.
Llueve en las escaleras, llueve en los terraplenes.
Llueve en el cuarto oscuro, llueve en los comedores.
Llueve en las cabelleras, llueve en los bergantines.
Llueve en el puente. Llueve en las espaldas. Llueve
en el retrete. Llueve en las campanas. Llueve
en las camas metálicas. Llueve en las amapolas,
en la pensión por horas, en el devocionario,
en la leña, en las fosas, en el solar, en el
estiércol, en los dientes, en la botella verde,
en el aire, en el mar, en el fuego, en la luz,
en la ropa tendida, en los niños descalzos,
en el pobre que toca el violín en la esquina,
en la tierra, en las tejas, en el cartel del cine,
en los kioscos donde venden chicle y tebeos,
en los raíles del tranvía, en los cristales,
en el sobre vacío de la cafiaspirina,
en el pequeño trozo de papel de periódico,
en la madre que va a casa de su hijo,
en el cable, en los lentes, en la humilde toquilla,
en la mano del pobre que te sale al encuentro,
en la bandera verde de la guardabarrera,
en los relojes, en las gavillas de alfalfa,
en el polvo, en las cruces humildes de madera,

en el montón de tierra, en el corral desierto,
en la higuera, en los tiestos en el R.I.P.,
en la basura, en los árboles, en las tapias,
en la mesa, en el barro, en el asfalto, en los
pianos de manubrio, en el café con leche,
en las chabolas, en los divanes, en la
yedra, en los cortinajes, en el libro registro,
en los esmaltes, en el banco, en los cipreses,

en el nombre de mi hija escrito sobre el yeso
que recubre los cuatro ladrillos de su nicho.

Llueve esta tarde, llueve, llueve implacablemente

mientras rueda la noche, mientras llega la noche
como un gran animal, un insecto viscoso,
gelatinoso, torpe, de vientre húmedo y blando,

con un vientre de pus o de niebla o de humo,
yo creo que de pus, y lo esparce, lo sé,
lo esparce por la dulce tristeza del domingo,

y llega hasta el despacho y sube hasta la mesa
y ensucia las cuartillas y ensucia las palabras
y ensucia las palabras gozando intensamente,

y se llega a la cama y levanta el embozo
y se pone saliva en el pulgar y el índice
y los lleva despacio hasta el cuello del niño
y apaga allí una llama pequeña de candil

y deja allí sus dos violetas digitales
y ya está, no hay remedio, yo no sé cómo ha sido,
si parece dormida, qué bonita que está.

Y eso es todo. Y el viudo se escapa de su casa
y se lanza a la calle en calzoncillos, grita,
se mete en cualquier parte sin querer, sin saber
por qué, el hijo se esconde debajo de la cama
y gime y llama a madre, y los padres se meten
en la cama en silencio y leen en silencio
un periódico y luego no duermen, en silencio.

Y llueve, y llueve, y llueve, y gotea en el cráneo,
y gotea en un techo de zinc en el corral,
y el cuerpo tiene una tristeza de pared
húmeda, una tristeza de mueble humilde cuando
llueve, el cuerpo; y el alma, que se siente de pronto
subir a la garganta y estarse un rato allí,
clavada, como un vidrio, anudando el sollozo,
y llueve, y llueve, y llueve, y llueve, y llueve, y llueve,

mansa, callada, terca, monstruosamente llueve.

LLUEVE EN LA CALLE y pienso en lo que me han quitado,
en lo que me han robado, en lo que me han herido,
en cuántas veces, hija, y de cuántas maneras
han querido matarme.

Y pienso en los abrazos y en las frases amables,
y pienso en las palmadas cordiales en la espalda,
y pienso en los elogios y pienso en las sonrisas
y pienso en las traiciones.

Pienso en las canalladas que tengo que aguantar,
pienso en todo, hija mía, mientras llueve en la calle,
y pienso que no es justo que yo piense en todo esto:
debo pensar en ti.

Con tu muerte, hija mía, yo nací a muchas cosas.
Tal vez tú te me has muerto para que yo naciera.
Yo no sé si está claro lo que quiero decir.
Pero he abierto los ojos.

Uno sabe, uno sabe: sabe, de golpe, mucho.
Y aquí estoy: nada más. Aquí estoy: sin jactancia.

¡Ay si yo no tuviera este dolor por dentro
royendo mis entrañas!...

En el fondo, tal vez todo sea así siempre:
que uno tenga que abrir los ojos cuando le abren
el corazón de arriba a abajo en carne viva:
cuando ya no hay remedio.

Pero sé quiénes fueron el ladrón, el cobarde,
el asesino cauto, el mal amigo, el vil,
el desagradecido, el maricón, el memo;
sé nombres y apellidos.

No los tengo apuntados. No creo que haga falta.
Llevo los costurones del daño que me han hecho.
Y si eso no es bastante, puedo decir sus nombres.
Hasta los de sus padres.

Sus nombres y apellidos.

VINIERON los ángeles
y se la llevaron
volando con ellos.
Eso ya lo sé.
Pero estaba allí,
pero estaba muerta
tendida en la cama.
Dejaron su cuerpo.
La brusca señal.
Estaba tranquila,
casi sonriendo.
Pero estaba muerta.
Pero estaba muerta,
sin guiños, sin risas,
sin vida, sin gritos.
Estaba en un charco
de sudor: estaba
su cuerpo sin vida.
Vinieron los ángeles
y se la llevaron

volando con ellos.
Eso ya lo sé.
Dejaron allí
aquel montoncito
de carne sudada,
de ropa sudada,
aquel montoncito
o hatillo de carne
sucia, y se llevaron
su almita, mi niña.
Su cuerpo era eso:
solo era el pañal
sudado de su alma.
Yo recuerdo a veces
el montón aquel
de sus pañalitos
cuando la mudaban...
Su cuerpo era eso:
sólo los pañales
sudados de su alma.
Vinieron los ángeles,
cogieron su alma,
rosada, desnuda,
nerviosa, traviesa,
y se la llevaron
volando con ellos.
Su almita desnuda,
debió ser así.
A ella le gustaba
siempre estar desnuda,

debió divertirse
horrores aquella
madrugada, al verse
desnuda, volando,
allá donde no
hace frío nunca
y no hay que llevar
fajitas, ni tocas,
pañales ni mantas.
Ni cuerpo siquiera.
Nos dejó la ropa
sudada de su alma,
el vaso vacío,
todavía sucio,
de aquel biberón
de la una y cuarto...

CADA DÍA QUE PASA, cada noche que pasa,
cada hora que pasa, cada tarde que pasa,
yo me siento más solo, hija mía, más solo,
tengo un miedo más grande con tanta soledad,
no puedo estar más solo, nadie puede estar más
solo que voy estando yo, de día, de noche,
haciendo esto o aquello: no me llegan las voces,
las manos, las caricias, no llega nada a mí,
todo muere en el aire o muere en el silencio
y yo me voy sintiendo más solo cada día,
más un pobre montón de soledad, de miedo,
me asaltan grandes miedos inesperadamente
y gimo, y gimo, y gimo, y creo que no merezco
todo esto, esta enorme soledad, y es inútil,
y nadie me contesta, y me dejan tan solo,
me has dejado tan solo, y ya no sé qué hacer,
me da miedo morirme, me da miedo vivir,
me pregunto por qué me habrán traído al mundo
y lloro, y lloro, y lloro, lloro solo por eso,
yo no hice nada malo, para qué me trajeron,

para qué me han dejado de repente tan solo,
para qué, para qué, para qué, y aquí estoy,
no sé nada de nada, sólo sé que estoy solo,
terriblemente solo, completamente solo,
porque te han apartado de mí, lo pienso a veces,
a veces yo pienso eso: que a ti te han apartado
de mí, y a veces pienso que no fue así del todo:
pero es igual y da lo mismo, da lo mismo,
lo cierto es que ya estoy completamente solo,
y me dicen que tú estás bien donde estás
y nada te hace falta y que eres muy feliz,
y yo estoy muy contento de que sea así, hija,
pero enseguida pienso si no me necesitas,
si de veras, en fin, tú no me necesitas,
si tú estarás tan bien que ya no me recuerdas,
que no me necesitas, que no me necesita
nadie en ninguna parte, y aquí estoy, y aquí estoy,
digo cosas amables, me esfuerzo en ser amable,
quiero estar con la gente, no quisiera estar solo,
pero me dejan solo, pero me dejan solo,
y estoy solo, estoy solo, estoy solo, estoy solo,
y ya no sé qué hacer, no sé qué debo hacer
ni qué no debo hacer, no sé nada de nada,
vuelvo atrás enseguida y pienso que soy tonto,
que tú sí me recuerdas, que tú me necesitas,
claro que sí, y me río, me río de mí mismo,
pero eso dura poco, y enseguida me siento
eso, solo del todo, para toda la vida,
aunque vaya con éste o aquél, solo, tan solo,
y aquí ya no hay remedio, porque yo soy así

según dicen algunos, porque yo soy así
según dicen los otros, y aquí no hay quien se entienda,
aquí no hay quien entienda ninguna de estas cosas,
todos salen del paso o procuran salir
del paso con ligeras palabras y se van,
y uno se queda solo, terriblemente solo,
constantemente solo, amargamente solo,
toda la noche solo, toda la vida solo,
y yo no puedo más con tanta soledad
que no está alrededor de mi vida o mi cuerpo,
que la llevo en mí mismo, que me nace y me crece,
se va desarrollando, es un mundo, es el mundo,
y aquí estoy, aquí estoy, aquí estoy, aquí estoy,
lo digo y lo repito cuarenta y cuatro veces,
y es eso y nada más: estoy solo, estoy solo,
diariamente solo, constantemente solo,
y no le pido a nadie que me dé nada más:
ya solamente pido que me dejen así,
solo completamente, lo que se dice solo.

TAMBIÉN pienso en vosotros.
Yo sé que también tengo
amigos, casi hermanos.
Y ahora pienso en vosotros
y me dais un deseo
muy dulce de llorar,
los que me soportáis,
los que me habéis querido
contra viento y marea,
en quienes he encontrado
cariño. Ahora me gusta
pensar en el cariño
que me tenéis —no quiero
salir de esto—, pensar
hasta llorar en eso,
en lo que me queréis,
también en lo que os quiero,
amigos encontrados
de repente, sin más
ni más, ya para siempre

codo a codo, enrolados
en lo mismo, riendo
por lo mismo, llorando
por lo mismo. Y doy gracias
a Dios, porque me ha hecho
conocer tantas cosas
buenas, inolvidables,
cosas de las que ayudan
a vivir, a morir
sonriendo, pensando
que sí, que todo es bello,
que casi todo es bello;
cosas que me deshacen
en ternura, en deseos
de llorar, de llorar
sin ton ni son, a gusto,
con ganas animales,
con un simple deseo
animal de llorar.
Yo no quería veros
el día del entierro.
Quería que estuviéseis
porque me daba miedo,
porque tenía miedo
a caerme en el suelo,
y quería que hubiese
muchos brazos allí,
cerca de mí y a punto,
unos brazos más fuertes
que los cansados brazos,

tan tristes, de mi padre.
Y luego, de repente,
me subía el espanto
de pensar que os había
de ver, de ver allí,
callados, con los labios
apretados, mirando
mi gran pena, los ojos
rojos, en la garganta
un nudo de madera;
que había de estrecharos
la mano y luego todos
os iríais a casa,
cada uno a su casa,
y yo me quedaría
solo, solo, más solo,
porque os habría visto.
Quería que vinierais,
me hacíais mucha falta;
pero yo no quería
que vinierais, me daba
espanto, un miedo atroz,
de vosotros, de mí.
Y estuvisteis allí.
Y los que no estuvisteis
os quedasteis después,
al saberlo, callados;
nadie os lo había dicho,
quisierais haber ido.

Y yo ya me alegraba
de que no lo supierais,
porque ya me dolía
haberos hecho daño.
Yo sé que habéis pensado
muchas horas en mí,
en el pobre Estellés,
este pobre Estellés,
que escribe, escribe, escribe,
que tiene poca suerte,
tan poquísima suerte,
tan mala suerte, tan
mala sombra en sus cosas,
silencioso, tan tímido,
tan poca cosa, tan
pobre hombre, este pobre
Estellés que os recuerda
uno por uno ahora
y da gracias a Dios
por eso, por vosotros,
porque en medio de todo
tiene amigos, no tiene
mala suerte del todo.
No está solo del todo.

YO NO PUEDO llamar a la Comisaría
del Distrito y decir que no ha vuelto mi hija
a casa todavía, con lo tarde que es,
y que por Dios la busquen y que por Dios la
[encuentren:
yo no puedo llamar al Colegio y decir
si es que la han castigado por no hacer el deber
y si aún tardará mucho: yo no puedo llamar
a casa de sus tías: yo no puedo llamar
tampoco al Hospital por si es que algún tranvía,
algún coche, una moto, qué sé yo. Yo no puedo
publicar un anuncio mañana en los periódicos
y una foto diciendo su nombre y que era rubia,
que llevaba un jersey blanco y unos peúcos
y que ya se reía y que daba unos gritos.
Yo no puedo hacer nada, ninguna de esas cosas.
Mi hija ya no vuelve. No volverá ya nunca.
Sé que no se retrasa mirando los carteles
de un cine ni las luces de colores de algún
anuncio. No se ha ido a casa de una amiga.

Yo sé bien dónde está. Recuerdo bien el sitio.
Sé bien lo que está haciendo. Lo que le está pasando.
Y mientras, van llegando los niños a sus casas,
yo los oigo correr y gritar en el piso
de abajo, en el de al lado, en el de enfrente, y oigo
cómo dicen que han hecho en clase esto y aquello;
y luego llega el padre y corren hacia él.
Y por toda la finca se oyen sus gritos, sus
carreras, su alegría: su alegría diaria,
su rumor, su inocente alegría de agua
que recorre la finca como una cañería.
Debía estar tranquilo. Yo sé bien dónde está
a estas horas mi hija, me puedo imaginar
lo que ahora está haciendo. Pero no estoy tranquilo.
No lo puedo evitar. No puedo meditar.
No lo quiero evitar. No quiero meditar.
Quisiera hundir mi cara, mi boca, mis narices,
mis ojos, en la carne risueña de mi hija,
empaparme, eso es, de carne de mi hija,
hundir mi cara en ella, en su carne suavísima,
igual que en un puñado de broza con relente.
Diréis que muchas veces he escrito la palabra
culo... No comprendéis. No sabéis lo que es esto,
lo que son estas noches, lo que son estas tardes,
lo que es una finca, simplemente, a estas horas.
Esta gana feroz, esta paternidad
feroz, este deseo de besar, de morder.
Esta paternidad feroz ya y sin remedio.
Esta paternidad voraz, sencillamente.

AQUELLA MADRUGADA, aquella madrugada,
todavía, ahora mismo: aquella madrugada
al volver una esquina, al callar, al romper
a hablar de cualquier cosa: aquella madrugada,
tú en brazos de mi madre, tan blanca ya, tan muerta,
tan muerta ya, tan muerta, completamente muerta,
tu cabeza de pronto cayendo a la derecha
y quedándote así, tronchada, la cabeza
toda blanca, más blanca que el yeso, toda blanca,
el cuello ya tronchado, la cabeza doblada,
tan muerta ya, tan muerta, y luego te cogieron,
te cogió el hombre aquel, te tomó como un fardo,
como un bulto pequeño, y te puso en la cama
y te abrió la toquilla y empezó a desnudarte
y la tía no quiso y te tapó otra vez,
y el hombre aquel te ató un pañuelo a la cara
y la tía le dijo que no te hiciera daño
cuando iba a hacer el nudo sobre tu cabecita,
y tú estabas ya muerta, y tú estabas ya muerta,
completamente muerta, y nadie te podía

hacer ya ningún daño, y nadie comprendíamos que nadie te podía hacer ya daño entonces, y nos quedamos mudos de terror, hija mía, cuando nos dimos cuenta de lo que había dicho la tía, porque ya nada te haría daño, nadie podía hacerte daño ni nada, hija, y después empezaron a quitarte la ropa y la abuela besaba tus muslos por debajo del brazo de la tía que te iba desnudando y yo cogí a mi madre y tiré fuerte de ella y me dio un manotazo y te volvió a besar y después te quedaste desnuda, con la tripa redondita, graciosa todavía y encima el caracol chiquito del ombligo, y entonces se hizo un silencio grande, se hizo un silencio enorme, y el hombre se quedó asombrado mirando lo alta que tú eras y lo hermosa que estabas, y nos entró un orgullo pueril, nos olvidamos casi de que tú estabas muerta, y era un orgullo repentino, fugaz, que me da horror ahora, y luego todavía lloramos más, lloramos, y mi madre fue a ti y te cogió desnuda y te empezó a acunar y te echó la toquilla sobre el cuerpo desnudo, no fueras a coger frío, y fue y te meció, te cantó, te besaba, no sé si te cantó, te decía hija mía, y a mí me daba horror, y le hubiera pegado a mi madre y te hubiera cogido entre mis brazos y me hubiera marchado a cualquier sitio, hija,